

Juan Bonilla

Juan Bonilla (Xerez, Cádiz, 1966) es autor de los libros de relatos *El que apaga la luz* (1994), *La compañía de los solitarios* (1998), *La noche del Skylab* (2000, Premio NH de Relatos), *El estadio de mármol* (2005) y *Tanta gente sola* (2009, Premio Mario Vargas Llosa NH de relatos), así como de las novelas *Yo soy, yo eres, yo es* (1995), *Nadie conoce a nadie* (1996), *Cansados de estar muertos* (1998), *Los príncipes nubios* (2003, Premio Biblioteca Breve) y *Prohibido entrar sin pantalones* (2013). Ha publicado los volúmenes de poesía: *Partes de guerra* (1994), *El belvedere* (2001), *Buzón vacío* (2005) y *Cháchara* (2010); y diversos ensayos, entre ellos, *El arte del Yo-Yó* (1995), *La holandesa errante* (1999), *Teatro de variedades* (2002) y *La Costa del Sol en la hora pop* (2007). También ha escrito *La vida es un sueño pop. Vida y obra de Terenci Moix* (2012, Premio Gaziel de biografías y Memorias).

* * *

No tengo mucha idea. Leo libros de cuentos desordenadamente y sin pensar en tendencias, que en cualquier caso me parecen insignificantes. Un lector se enfrenta a un libro sin ánimo de historiador de la literatura o etiquetador profesional: dentro de cien años, con un poco de suerte, Me-

dardo Fraile, Cristina Fernández Cubas y Marcos Giralt Torrente serán de la misma generación.

Empecé a ser lector a principios de los ochenta y en esa época era inevitable sentir más cercano a Bukowski que a Aldecoa, era más fácil de alcanzar Carver que los heróicos cuentistas españoles de los cincuenta —entre los que mi preferido es Daniel Sueiro, cuyo cuento «El día en que su bió y subió la marea» fue el primero que me impresionó de veras. Eran muy influyentes en esa época —y ahora bastante menos por fortuna— Cortázar y Borges. Yo me fui a vivir a Barcelona en el 84 y para aprender el idioma me resultó fundamental descubrir a Quim Monzó y luego a Sergi Pàmies. Tengo conciencia de que me influyeron cosas tan distintas como Quim Monzó, Julio Ramón Ribeyro y los cuentos de Nabokov, entre otros muchos; me resulta especialmente admirable la tradición del cuento norteamericano, con tan buena salud desde Scott Fitzgerald y Hemingway, pasando por Salinger o Cheever, hasta hoy, con autoras como Lorrie Moore, A. M. Homes o Alice Erian.

La ruleta rusa

Isabelo Galván es el héroe del país en estos momentos. Lleva doce semanas seguidas ganando en el concurso de televisión de más audiencia: *La ruleta rusa*. Doce semanas seguidas. Se dice pronto. Y en las doce ha vencido sin vacilaciones, mientras sus contrincantes o bien se retiraban rotundamente o se descerrajaban la cabeza con un tiro.

Isabelo Galván es un hombre de exigua estatura. Habla poco. Desde luego es incapaz de negarse a conceder una entrevista, pero cuando las concede apenas se le oyen unas frases con esa voz mínima, tímida, infantil. Tiene cuarenta y cinco años.

Naturalmente, es soltero. Casi todos los que participan en *La ruleta rusa* lo son. O solteros, o viudos, o divorciados. Casi todos son también pobres. Isabelo Galván no es pobre. Trabaja en una librería como dependiente. Trabaja, o trabajaba, porque después de los millones que ha ganado en el concurso no creo que vaya a regresar a su empleo.

La primera semana que participó en *La ruleta rusa*, al verlo tomar el arma que le pasaba el concursante que acababa de apretar el gatillo sin que estallase el disparo, me dije: «este va ser el primero en caer hoy». Se colocó la pistola sobre la oreja. Me sorprendió: los demás la apoyaban en la sien. No cerró los ojos, y esto también me sorprendió porque todos solían cerrarlos. Antes de apretar el gatillo lo acarició unas cuantas veces, como si estuviera probándolo,

como si fuese a distinguir de esa manera si la bala colocada en el tambor iba a salir o no. Cuando pareció seguro de haber descubierto dónde estaba la bala, apretó el gatillo. No suspiró aliviado como solían hacer otros concursantes cuando, después de apretar, el gatillo sonaba indicando que la bala no había sido disparada.

Supongo que sabe en qué consiste el concurso. Hay seis participantes. La presentadora, Margot Mutis, introduce una bala en el tambor del revólver al que le da unas cuantas vueltas para desapercibir el proyectil. Entonces pasa la pistola al primer concursante que está en su derecho de sacar el tambor y darle otra vuelta sin mirarlo antes de disparar. Todos los concursantes tienen ese derecho. Gracias a él pueden pasar varias rondas antes de que la bala se dispare porque, si no contarán con esa posibilidad, inevitablemente al quinto chasquido indicando que no había bala, aquel al que le correspondiera el turno de disparar sabría que la bala le tocaba sin defecto y que se iba a volar los sesos. Y en ese caso, lo mejor sería retirarse.

A cada concursante se le asignaba un millón solo por concursar. No le permiten retirarse antes de las cinco primeras rondas. O sea, que tiene que dispararse cinco veces si quiere llevarse el dinero que le dan solo por participar. Ha habido un par de cobardes que se fueron con su dinero después de las cinco primeras rondas.

Naturalmente les abuchearon, les arrojaron tomates y huevos podridos.

Cada vez que uno de los concursantes falla y queda eliminado, o sea, cada vez que uno de los concursantes se incrusta la bala y se atraviesa el cráneo, su millón queda a disposición del resto, y se lo llevará aquel que gane, de tal manera que, si no hay cobardes que se retiren con su dinero, al que se quede vivo después del programa le quedarán nada más y nada menos que seis millones.

Isabelo Galván lleva cosechados ya sesenta y cinco millones de los setenta y dos que podía haber ganado si no

hubiera sido porque en los doce programas que lleva siempre ha habido cobardes que se van después de la sexta ronda. Exactamente siete cobardes. Por el contrario, en los doce programas en que ha obrenido la victoria, Isabelo Galván ha dejado atrás un reguero de cincuenta y tres cadáveres.

Cada vez que un concursante se revienta la cabeza —aunque, según las reglas del programa, también puede dispararse al corazón, o a la boca, pero nadie lo hace—, el público se divide entre los que abuchean sin piedad al perdedor y los que lo ovacionan como homenaje. Las cámaras suelen mostrar, el momento en que el proyectil impacta en la cabeza de alguno de los concursantes, los rostros de los demás. Algunos sonríen, otros hacen gestos de alivio. Isabelo Galván no mueve una ceja. Continúa absorto en sus pensamientos. Tal vez rece. No lo sé. No sabe declararlo en las entrevistas que ha concedido. Siempre dice que no sabe en lo que piensa. Que solo espera que le toque el turno de dispararse.

Sorprendió a todos confesando que escucha lo que dice la pistola. Que podría determinar, si le dejaran, no solo si la bala está en la salida, sino también, en caso de que no se encontrase allí, en qué posición dentro del tambor se encontraba. Dice que lo escucha. Que la pistola se lo dice. Que en su casa ensaya y siempre acierta. Que nunca ha fallado. Que se dispara cientos de veces al día y nunca ha fallado porque sabe escuchar las palabras que le susurra la pistola indicándole la posición de la bala en el tambor.

Hoy emiten su decimotercer programa. *La ruleta rusa* bate récords de audiencia. Catorce millones de espectadores lo siguen. Isabelo Galván es el héroe del país en estos momentos. Supera a todos los políticos, y a todos los actores, y a todos los cantantes, y a los toreros, en popularidad. En las entrevistas asegura que le gusta leer novelas de ciencia ficción, que detesta, curiosamente, la serie negra porque no propone más que adivinanzas, que lo cambiaría todo por-

que no le diera miedo arrojarse en paracaídas y que, si encontrase un genio frotando la lámpara mágica, le pediría sólo un deseo: que le indicara las calles que ha de dejar atrás para regresar a la infancia. También declaró que sólo se casaría con una mujer que le permitiera poner la lista de boda en un burdel.

En *La ruleta rusa* de hoy, Margot Mutis presenta, como de costumbre, en primer lugar a los nuevos concursantes. Qué pena me dan, no sé cómo se atreven. Las presentaciones no suscitan ningún entusiasmo en el público congregado en el estudio hasta que llega el turno de presentar a la gran estrella del programa: Isabelo Galván. Margot Mutis pronuncia su nombre con fuerza, como suelen gritar el nombre de los campeones los encargados de presentarlos en las veladas de boxeo. Isabelo Galván, tan insignificante como de costumbre, calvo, bajito, con su traje modesto, mirando al suelo baja los peldaños de las escaleras mientras el público, puesto en pie, corea su nombre, se desgajaba animándolo, le rinde una calurosísima acogida.

Los otros cinco están muy impresionados. Supongo que para ir a *La ruleta rusa* hay que estar muy desesperado, ser un suicida en potencia, no tener nada mejor que hacer o, sencillamente, ansiar la fama. Entre estos cinco puede que haya de todo. El muchacho barbilampiño que va a empezar habrá ido para cosechar admiradoras en el instituto en el que cursa, según información facilitada por la presentadora, con excelente nivel académico. Sonríe a la cámara y, tal como le pasan la pistola, sin variar la posición del tambor, como si se fiara de Margot lo suficiente como para saber que ella no podría condenarlo al infierno, aprieta el gatillo. Chasquido. El muchacho le pasa la pistola a un hombre de avanzada edad, desarrapado, impresentable. Es un mendiago. Vive en el metro cuando las juveniles bandas fascistas no deciden regresar al subterráneo y hacer limpieza de escoria. Nunca ha tenido un arma en las manos. No le importa morir. Aprieta el gatillo y muere. La primera explo-

sión, la más temprana de la historia del programa, caldea los ánimos. Un trozo de la cabeza del mendigo ha ido a parar a los pies de Isabelo Galván que, ceremonioso, se agacha y lo retira del suelo para extenderlo enseguida a los asistentes que han salido a recoger el cadáver del mendigo.

Cada vez que hay un muerto en *La ruleta rusa*, se da un paso, después de esos segundos en los que las cámaras muestran al público y a los demás concursantes, a la publicidad. Una compañía de seguro promociona el espacio. El anuncio es muy divertido. Unas monjas están departiendo en un parque. De pronto sale un perro vagabundo que se acerca a ellas sin que se den cuenta. Las monjas están de espaldas. El perro levanta la pata y se pone a mearlas. Entonces, una de las monjas se da cuenta y en ese momento la voz en off del locutor dice: «Porque hay veces en que no te salva ni la fe... Seguros Hulsoff».

Devuelven la emisión al plató donde ya han retirado los restos del mendigo. Turno para el tercer concursante. Una mujer gruesa. Es curioso, al principio casi no participaban mujeres en *La ruleta rusa*, pero poco a poco se han ido animando. Le dan otro color a la cosa, es cierto. Ninguna de ellas ha logrado llevarse nada, pero supongo que todo se andará. Esta es una puta vieja. Honoraria. Ella misma lo ha confesado: «Soy puta *honoris causa* por el Barrio Chino de Barcelona». Las carcajadas y los aplausos no se han hecho esperar. Margot le pregunta a la puta si alguna vez ha tenido en las manos una pistola como aquella que acaba de pasarle. La intención de la presentadora estaba demasiado clara como para que la puta se dejase escapar una oportunidad así para arriesgar un chiste: «Las he tenido más largas y mucho más dentro de mí que esta». Más carcajadas y aplausos.

La puta sí ha decidido variar la posición del tambor después de que la presentadora introdujera la primera bala. Ha cerrado los ojos y se ha apoyado el cañón del arma en la sien. Le temblaba la mano exageradamente. Antes de apre-

tar el gatillo ha dicho: «Me encomiendo a Santa Lástima de Ypagro». Ovación. La puta pierde los nervios. «Yo solo compito por el millón», grita como pidiendo excusas. «La juro, solo necesito el millón y cuando lo consiga me iré. Lo necesito para operarme. Solo busco el millón», repite una y otra vez. Le faltan aún cuatro disparos para merecerlo.

El cuarto concursante es un tipo alto, bien parecido, hasta elegante. Está en el paro. Tiene dos hijos drogadictos. Va a por todas. Piensa derrotar a Isabelo. Pobre hombre. Sin contemplaciones se ha disparado en el cielo de la boca. Ha mantenido los ojos muy abiertos mirando fijamente a la cámara como si en ella buscase el secreto del universo. Chasquido. Monumental ovación para el concursante. Gritos de torero, torero.

Esto se anima: Margot recupera el arma y, sonriendo a la cámara, dice: «Antes del turno de nuestros próximos concursantes, unos consejos publicitarios».

Me levanto a mear y a coger más combustible. Sesenta y cinco millones lleva el bueno de Isabelo y a mí se me acaba el subsidio dentro de dos meses. Entre subsidio y suicidio no hay demasiadas letras. Todavía no sé qué voy a hacer, pero supongo que en ningún caso me atrevería a escribir una postal a *La ruleta rusa* expresando mi deseo de participar. No estoy loco, solo un poco harto, y para intervenir en ese programa no creo que baste estar harto. Hay que añadirle unas gotas, o unos litros, de locura. Se puede entender que en una situación tan drástica y desesperada como la del padre con dos hijos drogadictos, uno tenga que arrastrar su destino y decidirse.

A Isabelo Galván, por el contrario, no creo que le empuje la desesperación, ni supongo que el deseo de ser famoso, aunque esas cosas nunca se saben, son de diván de psicoanalista. Parece ser que nunca fue nadie, que no logró destacar en nada, y que su existencia no hubiera deparado a los anales del país anecdota ninguna si no hubiera sido por el programa de televisión. Ahora, gracias a *La ruleta rusa* no

tendrá que hacer cola en las panaderías, le cederán el asiento en el metro y le atosigarán pidiéndole autógrafos esas muñecas adolescentes a las que antes tenía que imaginar saliendo del baño para conseguir una erección. De todos modos, él ha confesado en varias ocasiones que hace esto solo y exclusivamente por dinero. Para exiliarse a Río, supongo.

En los bloques de publicidad, para no desalentar a la audiencia, intercalan siempre alguna repetición de las incidencias del programa. Cuando llego ante la pantalla cargado con cinco botes de cerveza y una lata de espárragos, repiten el instante en el que el mendigo se vuela la cabeza. Es curioso. Me fijo ahora que al fondo aparecen tres chicas, rubias las tres, bellas y refrescantes las tres, que visten camisetas en las que se lee: «¡Pena de muerte para las abortistas, Yal!». En el instante en el que los sesos del mendigo abandonan la cabeza de este, las chicas dan un salto como si su equipo hubiera marcado un gol.

Un mendigo menos, habrán pensado. Son muy guapas. De entre mis amigos, que yo sepa ninguno tiene pensado escribir a *La ruleta rusa*. Y eso que, en casi todos ellos, la desesperación hace mella a diario y les da motivos más que suficientes como para impedirlos a buscar una salida a sus situaciones. Hombre, los cartones de tabaco contrabandeados y el hachís les da unas monedas que ganar a la mayoría, y así van tirando, pero eso ¿hasta cuándo lo soportarán? Tal y como se están poniendo las cosas no puede durar mucho. Arturo es el que mejor lo lleva, con sus braguetas. Se le da bien la cosa de las mujeres maduras. El otro día lo vi cabalgando una moto nueva. «Buena yegua te agenciaste, maricón», le grité. «Mejor es la que me espera en cueros», me contestó. Y, sin embargo, es Arturo al único al que puedo imaginar concurrir a *La ruleta rusa*.

El quinto concursante es otro arquetipo: un clon de Isabelo Galván para resumir: insignificante. Algo más alto, más tímido, más oscuro que Isabelo. Está en el paro hace

años. Como anécdota personal refiere que, en una ocasión en la que una encuestadora le detuvo por la calle para solicitarle una lista con los nombres de los personajes esenciales de la Historia, él colocó tres veces sin darse cuenta al boxeador Mohammed Ali. Es significativo. Yo creo que es maricón, que sueña con efébos y no se atreve a reconocerlo. Que viva solo con una hermana mayor no hace sino reaffirmarme en mi convicción. Estoy convencido de que es un reprimido, que si se atreviera marcaría uno de esos números de teléfono con los que los boys se anuncian en los periódicos. En la manera de tomar la pistola se cerciora uno enseguida de que si no es la primera vez que este coge un arma de fuego, debe de ser la segunda. Pero, de momento, no será la última. Chasquido al apretar el gatillo.

Llega el gran momento. Ese es Isabelo Galván. El que ni siquiera se inclina saludando la salva de aplausos que le dedica el enfervorizado público. Margot Mutis se le acerca. Le saca tres cuartas. La verdad es que Margot, más que una hembra, es un harén. La recuerdo en un par de películas encendidas, dejándose taladrar por un indio en un western porno y suave titulado *El feo, el malo y la buenísima*. Ya se sabe que para los títulos no están muy dotados los productores de ese tipo de cine.

Margot le pregunta a Isabelo qué tal transcurrió la semana. Galván contesta que como siempre y aprovecha para agradecer las muestras de adhesión de tantos desconocidos a los que alienta a participar en el concurso. Margot le pasa el arma a Isabelo que no varía la posición del tambor. Escucha lo que le dice la pistola. La bala le informa de su posición y él localiza el lugar de la bala. Parece ser que ya lo ha captado. No hay peligro. Aprieta el gatillo por fin. Chasquido, naturalmente. Es impresionante el dominio de Isabelo Galván, cuyo nombre es coreado ahora por todo el público y servirá un día cercano para bautizar colegios, calles, guarderías. En la repetición ofrecen un primer plano de su dedo en el gatillo; lo acaricia, lo examina con la yema del dedo, lo aprieta leve-

mente, como si, según su dureza, la resistencia que le opusiese pudiese determinar la posición de la bala en el interior del tambor. Luego lo acciona y sigue vivo.

La segunda ronda va a empezar. Lidia llega del trabajo, harta de limpiar aulas, escaleras, retretes. Sirve en una escuela de las afueras a la que le han enviado como castigo por no admitir entre sus tareas la de chuparle la verga al director del otro colegio donde servía. Gajes del oficio. Se sienta a mi lado en el sofá. Pica un espárrago y abre una lata. Me pregunta cómo va la cosa y le miento diciéndole que Isabelo ha sido eliminado. No logro engañarla, como era previsible. Si Isabelo se hubiera atravesado el cráneo se hubiera enterado antes de llegar aquí: los gritos de pesadumbre y duelo en toda la ciudad se lo hubieran anunciado, y yo mismo tendría apagada la televisión.

Isabelo es el héroe del país en estos momentos. No puede perder. Es un símbolo. De ninguna de las maneras puede perder.

El muchacho toma el revólver. Está visiblemente afectado por la eliminación del mendigo. Seguro que no pensaba que la cosa era así. Ya se sabe: tras el cristal la muerte sigue siendo muerte, pero no huele. Si no se elimina antes, este es de los que se irá en cuanto cumpla con el requisito para embolsarse el millón (si es que resiste).

Vuelve a fijarse en Margot y no gira el tambor. Aprieta el gatillo y sigue adelante, da un salto de alegría y se dirige al público donde unas animosas estudiantes celebran que haya pasado la segunda ronda.

Le toca a la puta. «Solo vengo por el millón», se repite. Vuelve a encomendarse a una santa que la sigue protegiendo. Pasa. Ya le queda menos. Otra pausa para la publicidad.

Lidia se levanta y va a la alcoba. Se cambia de ropa, se pone cómoda. Está destrozada. Como cada noche: Yo he hecho lo que he podido hoy. Recogí la cocina y fregué el suelo del salón. No he lavado la ropa como ella me sugirió, pero es que no me ha dado tiempo. Tuve que salir sin tener-

lo previsto. Grito su nombre: «corre, que ya vuelven». Ella viene. Se ha puesto el chándal azul. Evidentemente no está de humor. Se tiende en el sofá y me ordena que le vaya por un poco de carne de membrillo al frigorífico. Se la traigo. Después me sugiere que me traslade a una silla para disponer del sofá íntegro. La obedezco porque qué va a hacer uno.

Lidia está muy desmejorada. Apática y a veces hasta intractable. Hay que comprenderla, claro, no digo que no, pero ya no es como antes. Yo tampoco soy el mismo, lo reconozco, pero a veces anhelo aquellas sesiones que nos marcábamos cuando los dos regresábamos de nuestros respectivos trabajos. A Lidia le gustaba cabalgarme en Semana Santa, cuando yo me colocaba un capirote de penitente ocultándome el rostro. Era como follar con los cientos de nazarenos que salían por Sevilla. Luego nos íbamos a la calle y tenía la impresión de que todos los penitentes habían sido cabalgados por ella y eso la ponía tan caliente que teníamos que volver a casa y hacerlo de nuevo. ¿Dónde coño estará ahora ese capirote?

El tipo con dos hijos drogadictos también ha pasado la segunda ronda. Menos suerte ha tenido el clon de Isabelo Galván. Se veía venir. Isabelo no hay más que uno. Se ha abierto la cabeza. Eliminada. La repetición muestra el momento en que el proyectil abre un surco en su cara porque el tipo se ha disparado entre ceja y ceja. También se puede observar cómo la bala sale de su cabeza y va a incrustarse en la mampara que protege al público. Otra pausa para la publicidad.

Lidia abre otra lata de cerveza y dice:

—Voy a escribir a *La ruleta rusa*.

La miro como si me hubiera dicho: te estoy engañando con un profesor del colegio, o peor aún, con tres alumnos de parvulario. Algo así. Lo dice en serio. Necesitamos plata y yo necesito dejar esta mierda de trabajo, añade. Lidia acaba Filología Clásica pero no consiguió aprobar las oposiciones que le permitieran acceder a un puesto docente. La

acosan los remordimientos por ello. De nada sirve que yo intente convencerla de que resultaba muy difícil aprobar. Salieron muy pocas plazas y ya no es probable que salgan más a no ser que mueran los titulares. Ya nadie estudia esas cosas. La sensación de fracaso la expolia y quiere participar en *La ruleta rusa*, no sé si para ganar algo de plata fácil o para acabar con esta comedia cuanto antes. A mí me entran ganas de ir a por el capirote de penitente —¿dónde coño estará?—, ponérselo y follármela, follarme en ella a todas las nazarenas de Sevilla. Lo ha dicho muy en serio y acabará escribiendo. Un millón por participar. Cinco disparos al menos para merecer esa plata. Lo hará. Lidia lo hará. Tengo treinta años y voy a ser viudo. Fantástico.

Isabelo Galván vuelve a renovar la confianza de la mayoría en su victoria. Es imposible que falle, el tipo sabe qué lugar ocupa la bala en el tambor y si se decide a variar la posición de este es porque ha intuido el pálpito de la bala en el disparador. Acciona el gatillo y nada. Camino de un nuevo triunfo.

Tercera ronda. El estudiante pasa. La puta que solo va por el millón también pasa. Pasa el padre de los drogadictos. E Isabelo Galván, no hace falta decirlo.

—¿De verdad estás hablando en serio? —le pregunto a Lidia.

—Por supuesto, sabes que sí —contesta.

Siempre habla en serio. Suele pasarle a los que han estudiado lenguas muertas, no sé por qué.

—No durarías ni dos rondas —insisto.

—Es cuestión de suerte —replica—. Fíjate en Isabelo.

Isabelo, sí, es normal que quiera que me fije. Un tipo que, no sé como se las apaña, se ha disparado miles de veces y no se ha dado nunca. Tiene un ángel de la guarda que debe de cotizar altísimo en las esferas celestiales. Tal vez haya hecho un pacto con el demonio para el que está recaudando fondos. Es imposible comparar a Lidia con Isabelo. Para bajarla de las nubes le pregunto:

—¿Y si en vez de con Isabelo te comparas con el mendigo que se pegó un tiro a las primeras de cambio?

—¿Qué mendigo? —pregunta.

—Tú no habías llegado todavía —le explico—. Un mendigo que concursaba hoy. En su primer disparo, eliminado.

Ella vuelve a argumentar que es cuestión de suerte.

Devuelven la emisión al plató. Cuarta ronda. El estudio pasa. La puta pasa y se acerca a su objetivo. Le queda un solo disparo. El padre de los drogadictos pasa. E Isabelo Publicidad.

Lidia cierra los ojos. Treinta años. Simulo una pistola con mi mano y me la coloco en la sien. Lidia irá a por todas, la conozco. No se conformaría con el millón. Querría ganarle a Isabelo. Si yo encontrara algún trabajo ella podría dejar de fregar baldosas, pero dónde.

De repente oigo un clamor: uno de esos clamores en que se combinan gritos y maldiciones. Como si la selección de fútbol hubiera fallado un penalti. Ese tipo de clamor, el que se produce en todos los hogares por un hecho que les llega desde la televisión. Una reacción unánime, una sola voz múltiple que se levanta en la ciudad. ¿Qué ha pasado? Lidia también gritó. Ahora me llama. Corro hacia el salón y allí está, la cabeza de Isabelo Galván en la pantalla, abierta como un melón.

Pregunto exasperado qué coño ha sucedido, qué ha podido pasar, y Lidia no sabe explicármelo, y yo insisto, desde luego no puede ser que se haya pegado un tiro a sabiendas cuando estaban emitiendo publicidad, no puedo creerme que se haya suicidado, pero es lo que se me ocurre.

Margot está consternada. Hipa. No puede hablar. Balbucea que ha sido algo terrible. Lo cierto es que, junto a ella, solo se ve al estudiante aterrado, y a la puta que solo busca el millón. No está el padre de los drogadictos. Margot se sosiega. Cuenta que el padre de los drogadictos le pidió el arma para probarla, ella ingenuamente se la

alcanzó y, cuando la tuvo en sus manos, el padre de los drogadictos apuntó a Isabelo retándole: «Di, enano, ¿crees que podría matarte?, ¿crees que la bala está en el disparador?». Isabelo no contestó. El otro disparó y la bala se le alojó a Isabelo en un ojo. Redujeron al padre de los drogadictos y devolvieron la emisión en este instante.

Margot pregunta al realizador si se han grabado las imágenes del atentado. Le informaron de que no está preparada la cinta. Le traen un vaso de agua. La puta le comenta algo al estudiante. Seguramente ahora se pensará lo de abandonar cuando se dispare por quinta vez ganándose el derecho a embolsarse el millón. Ahora está muy cerca de ganar seis millones en vez de uno. Basta con que el estudiante se elimine. Se enerva ante esa perspectiva.

Por fin las imágenes del momento en que la bala derrumbe a Isabelo Galván. Lidia no pestañea. Dice: «Qué hijodeputa». Supongo que ahora no habrá quien la apee de la idea de ir a *La rúleta rusa*. Me da igual lo que haga con su vida. Han matado a Isabelo Galván.

Apago el televisor y me voy a la cama con la sensación de que me tendré que levantar a vomitar las cerezas y los espárragos. Una presión en el pecho me lo avisa. Pongo la radio y ya están los periodistas difundiendo la noticia, ilustrándola con urgentes hagiografías del difunto. Han interrumpido todos los programas. Una de las opinadoras oficiales propone que se declare luto nacional durante un par de días. Intentan encontrar un responsable. Dicen que a partir de ahora el programa deberá proteger a unos concursantes de los otros. Participar en él no debería conllevar más riesgos que los propios a los que expone la mecánica del concurso, apunta alguien. «Tú puta madre», escupo.

Lidia ha vuelto a encender la televisión. Le ha bajado el volumen de voz para no molestarme. No pienso levantarme a ver quién gana, quién hereda el cetro de Isabelo Galván. Seguro que gana la puta. Iba solo por el millón, decía,

la muy cobarde. Querrá hincharse los pechos o rebajarse las
nalgas para poder cobrar unos duros más por cada polvo.
Mañana me enteraré de quién ganó. Vendrá la escuela de
Isabelo en las primeras páginas. Yo guardo todo lo que sale
sobre él. Tengo una carpeta llena de recortes.

Gonzalo Calcedo

Gonzalo Calcedo Juanes (Palencia, 1961) reside en Santander. Ha publicado los libros de relatos *Esperando al enemigo* (1996), *Otras geografías* (1998), *Linurgia de los ahogados* (1998), *La madurez de las nubes* (1999), *Apuntes del natural* (2002), *La carga de la brigada ligera* (2004), *El peso en gramos de los colibríes* (2005, Premio Tifos), *Minando pájaros y otras emociones* (2005), *Chéjov y compañía* (2006, Premio Caja España), *Saqueos del corazón* (2007, Premio Iberoamericano de Relato «Cortes de Cádiz»), *Temporada de huracanes* (2007), *Cenizas* (2008), *Picnic y otros cuentos recíprocos* (2010), *El prisionero de la avenida Lexington* (2010, Premio Mario Vargas Llosa NH de Relatos) y *Six meses* (2011). En 2003 publicó su única novela hasta el momento, *La pesca con mosca*. Habitualmente imparte conferencias sobre el género, colabora en revistas literarias y participa como articulista, en medios de comunicación.

* * *

Afortunadamente los senderos del cuento son menos estrechos que los de la novela. No se trata de falta de enunciados, sino de una saludable emancipación. Cabe de todo y con soltura. La fragmentación que proporciona internet también influye: el cuento, por naturaleza, tiende al atrevimiento, tolera el ensayo, el experimentalismo o el costum-